

LA MADRE DE FAMILIA

REVISTA MORAL É INSTRUCTIVA

BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

SE PUBLICA LOS DIAS 1.º, 8, 15 Y 23 DE CADA MES.

PRECIO: DOS REALES MENSUALES

3.ª EPOCA. 1883.-Año VII.	REDACCION Y ADMINISTRACION Barro del Campillo, núm. 15, Granada.	Núm. 13 Dia 1.º de Julio
------------------------------	---	-----------------------------

SUMARIO.

LA MUJER REGENERADA POR EL EVANGELIO, por Enriqueta Lozano de Vilchez. —A MI DULCÍSIMA HIJA GONSUELO y SUEÑO DE UN ÁNGEL, poesías por Emilia Calé Torres de Quintero.—UN MAR SIN PUERTO, *novela*, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—VARIEDADES, por S. —SECCION DOCTRINAL, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA MUJER

REGENERADA POR EL EVANGELIO.

Si la mano Omnipotente del Creador, no hubiese derramado en el corazón de la mujer, el manantial inagotable de la caridad y del amor: si no hubiera encendido en su pecho la santa llama de la fé; haciéndola arder allí como en un tranquilo santuario, donde no pueden agitarla los vientos del ateísmo, ni hacerla vacilar los huracanes de la impiedad y de la duda; si no hubiera colocado en su alma, como en un búcaro delicado, la azucena inmachita y perfumada de la esperanza celestial, la mujer sería sin embargo, católica, y fervorosa y amante, por la gratitud y las

bendiciones que debe á la doctrina de Jesucristo, con la cual, y como en raudal purísimo y suave han descendido hasta ella, la consideración, los privilegios y la libertad de que goza en los países iluminados, por la divina luz del Evangelio.

Dios, al formar á la primera mujer colocándola al lado del hombre, como la compañera que habia de embellecer su soledad, como el tibio rayo de sol que habia de dar calor á su espíritu; anudó el lazo que en adelante uniría al hombre y á la mujer, instituyendo el primer desposorio que iba á ser la base de la familia y de la sociedad.

Y en este santo consorcio, entre la virilidad y la belleza, entre el poder y la debilidad, no dió al uno mayores privilegios que al otro, sino que guardando la armonía y el orden que presidió á todas sus obras, concedió á cada cual los dones que le eran necesarios, para cumplir las distintas misiones que iba á confiarle sobre la tierra.

Ambos estaban dotados del propio espíritu, de la misma inteligencia, dividiéndose, pues,

el imperio del mundo, el uno por la fuerza, el otro por la bondad y la dulzura.

La mujer era la alegría, la esperanza, el consuelo del hombre; el hombre era el defensor, el apoyo, el escudo de la mujer, y los dos vivían felices, confundidos en un alma y transformándose en un sólo ser.

Pero la malicia humana destruyó la perfección de la divina obra.

Las nubes de la culpa enlutaron el cielo azul y diáfano del paraíso.

El hombre cayó de su altura y rodó en los abismos del pecado.

La virtud quedó olvidada y violadas todas las leyes.

La unidad de la familia fué destruida, y el lazo conyugal quedó roto en mil pedazos.

La mujer, de compañera se trocó en esclava, y su mísera cadena no sólo oprimió sus manos entrelazadas, sino que, anudándose á su corazón, rompió en sus fibras más delicadas, de amante, de esposa y de madre.

Ofendida en su dignidad, escarnecida en sus sentimientos, humillada en su orgullo, encontróse obligada á partir con otras su lecho, su hogar, y hasta el corazón mismo del que habían aceptado por esposo.

Vióse condenada á llevar sobre su frente la marca del repudio, tan dolorosa como infamante, y aun á ser vendida y comprada como una miserable mercancía, como pájaro sin ligeras alas, ó como blanco armiño de piel impura y manchada.

Entre las nuevas leyes y las nuevas costumbres de aquel pueblo prevaricador, que se llamaba el pueblo judío, la mujer perdió sus derechos y su libertad; y sin aspiraciones y sin esperanzas, su existencia se convirtió en un suplicio horrible, y en una humillación interminada.

Privada de toda consideración, de todo respeto; tratada por doquiera sin deferencia y sin amor, perdió bien pronto el sentimiento de su dignidad y de su pudor, revolviéndose entre la impureza y la miseria de su abyecta condición, como el cisne se revuelve en el cieno del extenso lago, ó como la blanca nieve se

convierte en lodo al descender de la cumbre de las montañas.

El amor de madre, el más puro y más grande de cuantos puede encerrar en su alma, en vez de ser su alegría y su redención, se transformó en su mayor tormento, pues sin dominio alguno sobre aquellos seres que habían alentado en sus entrañas, los vió perecer mil veces, sin que le fuera dado defender aquella vida, que tenía en más que la suya propia.

¡Oh sí! los vió perecer sin que su boca formulase una protesta, sin que sus brazos pudiesen extenderse para arrancarlos de los brazos de sus asesinos, sin que pudieran revelarse contra aquella ley maldita; que entre los Catehenses obligaba á las madres á presentar á sus hijos cuando contaban un mes ó dos de nacidos, para que fuesen juzgados, si su figura era *legítima*, y se decidiese si debían vivir, ó si era forzoso darles muerte.

El rey fallaba aquellas causas del alma, concediendo la existencia á la inocente criatura, ó arrancándola del seno materno para arrojarla en poder del verdugo.

También los veía morir sin que sus lágrimas ni sus gemidos pudiesen abolir la costumbre más infame aun, de los Cananeos, cuando para aplacar la cólera de su terrible dios, Moloch, cuya colosal estatua de bronce, se componía interiormente de siete hornillos encendidos, arrojaban en el primero, la flor de la harina más escogida; en el segundo, tortas amasadas; en el tercero, una oveja; en el cuarto, un carnero; en el quinto, un becerro; en el sexto, un buey; y en el sétimo una inocente criatura! ¡un tierno niño, indefenso y débil!

Tan horribles sacrificios se verificaban cerca de Jerusalén en el valle de los hijos de Himon y de Tosep, llamado así, porque los gritos de las víctimas que perecían entre los dolores y horror de las llamas, eran apagados entre el ruido de los tambores y de los instrumentos sonoros con que acompañaban la cruel ceremonia.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Á LA DULCÍSIMA MEMORIA
DE MI HIJA CONSUELO.

RECUERDO.

*Con amoroso delirio
tu imágen buscan mis ojos
entre los celajes rojos
que el alba extiende al brillar,
y un eco amante me dice:
«En tu negro desconsuelo,
es más arriba, en el cielo,
donde la debes buscar.»*

*Más tarde, en el sol brillante
creo ver tu nombre escrito,
porque ese cielo infinito
el pobre mortal no vé,
y el eco otra vez repite:
«Si de pena estás cercada,
lleva al cielo tu mirada
en las alas de la fé.»*

*Por eso, hija mia, el mundo
no puede enjugar mi llanto,
que es tan grande mi quebranto
cuanto fué por ti mi amor;
y sólo calma mi anhelo
creer, si pienso en tu muerte,
que en ella empezó tu suerte,
siendo hoy ángel del Señor.*

*¿Qué pudiera yo ofrecerte
en este mundo de dolor,
donde lágrimas tan sólo
heredamos al vivir?
En nuestra rápida vida,
la dicha es una quimera;
que al hombre en la tierra espera
nacer, llorar y morir.*

*Hay en luminosos mundos
un lugar de sumos goces;
coros de angélicas voces
dan á Dios adoracion;
allí eterna es la armonía
de ese hermoso y dulce canto;
y ese alcázar puro y santo
es del alma la mansion.*

*Libre de terrena culpa,
vã el espíritu gozoso
à ese cielo tan dichoso,
cual en mi fè concebí;
y en el trono de María,
ornando su pura frente,
ángel bello é inocente
te miro, Consuelo, à ti.*

*No quieras que à tu sepulcro
yo dedique una memoria.....
sólo allí existe la escoria
que hacia su origen volvió.
Cuando de amor el tributo
te consagre desde el suelo,
mi alma buscarà en el cielo
la tuya que partir vió.*

SUEÑO DE UN ANGEL.

*Ayer, madre, en sueños que nunca tuviera,
el éter cruzando, de un ángel en pós,
llegué hasta ese espacio, inmenso, infinito,
expléndida cumbre del trono de Dios.*

*Allí entre las nubes que forma el incienso,
que aroman el sòlio do mora el Señor,
unido al hosanna del coro celeste,
alzé, madre mia, un himno de amor.*

*No llores, no, madre, delante esa cuna
del niño que en ángel, fugaz se tornó;
mi espíritu, siempre flotando à tu lado,
te dice, «hasta el cielo, tu guía soy yo.»*

Emilia Calé Torres de Quintero.

UN MAR SIN PUERTO,

NOV. LA ORIGINAL

DE ENRIQUETA LOZANO DE YILCHEZ.

(CONTINUACION).

Cuando todo estuvo concluido, cuando la noble mano del enfermo dijo, sí, por última vez, una ruidosa aspiración levantó el pecho del miserable que de tal modo había sabido realizar sus sueños de ambición.

En cuanto al Conde, nada sospechó, ni pensaba en nada.

La muerte de su hija querida le hacía ver con indiferencia todo cuanto iba á rodearle en adelante.

Una hora después era conducido á su lecho por un criado que señaló Dionisio para cuidarle, pues en cuanto á Gaspar, ya sabemos que no le volvería á prestar sus cariñosos y leales servicios.

CAPITULO VIII.

I.

El sacerdote había leído hasta el fin aquellos papeles que encerraban una historia de lágrimas.

Aquella historia estaba ligada con la del padre de Carlos.

Eran, por decirlo así, una parte de su vida, de su corazón, de su pasado.

Toda la noche la había invertido en devorar las páginas del manuscrito, cuyas hojas estaban aun esparcidas sobre su mesa, cuando la luz del alba vino á colorar los cristales de su ventana.

Aquella blanca claridad iluminando el rostro del joven, descubría la huella de profundos pesares, y del reciente dolor y la amargura que habían desgarrado su alma.

Sin embargo, sobre su frente intensamente pálida, había escrito algo que nosotros no sabíamos descifrar; palabras misteriosas y sublimes que había gravado allí la mano de un ángel, y que sólo Dios alcanzaría á ver, pero que la prestaban entonces algo de la inquebrantable firmeza de los mártires, algo de la serena paz de los justos.

Cuando vió que era enteramente de día, dejó su asiento y fué á abrir la ancha ventana de su modesta estancia, que daba sobre la campiña.

Las últimas nubes de la pasada tormenta se apiñaban á lo lejos hechas girones, y huían en confuso tropel impulsadas por el soplo de las brisas de la mañana.

En el pequeño jardín que embellecía la casa, se veían muchas flores deshojadas, muchas ramas caídas, vestigios todos de la tempestad que las había asolado á su paso.

El sacerdote fijó en ellas sus ojos con pesar y murmuró:

—Así es la vida! la borrasca de las pasiones destrozan las rosas del alma! feliz el que poniendo su esperanza en el cielo, sólo anhela aspirar el perfume de las imperecederas y eternas!

Después, cogió una á una aquellas hojas de papel que se hallaban sobre su mesa, y una vez que las tuvo unidas las acercó á la llama de la vela que aun ardía en el candelero, aunque próxima á extinguirse.

Pero retirándolas vivamente,

—No, dijo: acaso estas páginas sean necesarias algun día! quizá esa niña que su madre envía bajo mi amparo, deba aprender en ellas á amar y á perdonar. ¡Pobre Blanca!

Y obedeciendo á su última resolución, ató de nuevo los papeles con la cinta que antes los sujetaba, y abriendo un armario de roble que decoraba la pared, los colocó en un oculto rincón, cerrando de nuevo y guardando la llave.

Un instante después, sereno y con una dulce sonrisa en los labios cruzaba el estrecho corredor que conducía á la estancia de su madre,

II.

La buena anciana estaba levantada también.

El cuidado de la pequeña Blanca la había desvelado por completo.

Con la hermosa niña en los brazos y meciéndola suavemente, doña María esperaba á Andrea que había ido en busca de alguna mujer que quisiera servir de nodriza á la inocente y desamparada huérfana.

El padre Carlos, al ver á su madre con aquella niña en la falda, sintió una profunda emoción, y llevó la mano á sus ojos para enjugar una gota de llanto que acababa de brotar en ellos.

Se acercó á la anciana, besó su mano con efusión y murmuró con voz lenta y fervorosa,

—Bendigo á Dios con toda mi alma, porque me ha dado una madre tan santa.

—Oh! hijo mío, por qué dices eso?

—Madre, al ver á V. con esa niña....

—No prosigas, Carlos! ¿quién no haría lo mismo?

quién no compadece á la inocencia y á la desgracia? ¿quién no las presta abrigo en su seno?

El padre Carlos iba á responder, cuando la puerta se abrió para dar paso á Andrea, que, seguida de una jóven que contaría á lo más veinte años, apareció en el dintel.

—Eres tú? dijo doña María, dirigiéndose á la antigua nodriza de su hijo.

—Yo misma, señora, respondió esta, perdóneme V. si he tardado tanto, pero....

—Has encontrado lo que necesitamos? dijo la anciana con afán.

—Seguramente: vamos, Teresa, adelanta y que la señora te vea.

—Cómo, esta jóven....?

—Sí; esta jóven que acaba de perder á su hijo, esta jóven cuyo marido la ha abandonado y que no tiene á nadie en el mundo. Ya ve V. si....

Doña María fijó sus ojos en Teresa, que en aquel momento enjugaba los suyos con la punta del delantal, y la preguntó con acento bondadoso,

—Es cierto lo que acaba de decir Andrea, hija mía?

—Oh! sí, señora, mi pobre hija ha muerto!

—Y ¿quiere V. hacerse cargo de esta niña?

—Con toda mi alma: ella, creo que no tiene madre, yo, ya no tengo hija.... las dos necesitamos amor y consuelo! yo la daré el calor de mi pecho y ella me dará la alegría que necesito.

La anciana satisfecha de tales palabras arregló en breve aquel negocio doméstico, que aseguraba el bienestar de la pobre niña abandonada, y no saldría Teresa de la casa: compondría desde entónces parte de la familia, y las tres mujeres se dedicarían á cuidar de Blanca con igual cariño y con igual interés.

Oh! en cambio de la madre que había perdido, el cielo le otorgaba tres!

¡Benditos sean los corazones en que alienta la fé, y en que anida la caridad!

Ellas son el seguro asilo, el faro brillante que alumbra á los desgraciados náufragos del revuelto mar de la vida!

III.

El padre Carlos que había guardado silencio hasta entonces,

—Madre, dijo, tenemos que separarnos, bien á pesar mio.

—Cómo! exclamó alarmada doña María: separarnos!

—Oh! por poco tiempo: por algunos días no más.

—Hijo mio....

—Es preciso. Tengo que cumplir un deber sagra-

do, un deber que me ha impuesto la súplica de un moribundo.

La anciana, nada contestó.

Sabía que su hijo no retrocedía jamás, cuando se trataba de llenar la misión que se había impuesto sobre la tierra; pero enjugó una lágrima que la idea de aquella separación arrancó de su alma.

—Nada hay en esto que pueda afligirla, madre, añadió con ternura el sacerdote, es un viaje corto... de algunos días no más.

—Pero, donde vás?

—A Vizcaya.

—¡Ah! vás á volver allí?

En el acento con que la anciana pronunció estas palabras había algo de asombro, algo de terror, que no pasó desapercibido para el padre Carlos, y que le hizo exclamar:

—Madre, el pasado no existe para mí! Carlos de Zurbarán murió, el día en que Jesucristo bajó á las manos del sacerdote católico! sólo queda ya el padre Carlos, ministro de un Dios de paz, de misericordia y amor!

—Hijo! exclamó conmovida la anciana, hijo mío!

—El motivo que allí me conduce, es la súplica de una madre, de una madre que ya no puede velar por los hijos de su alma!

—Y ¿tardarás mucho en volver?

—Una semana, cuando más.

—Y tu marcha será....

—Hoy mismo! no lo puedo dilatar, y aun así tengo miedo de llegar tarde.

Doña María hizo venir á Andrea, y la ordenó disponer la maleta del jóven.

La pobre mujer también se asombró y se mostró pesarosa por la ausencia de aquel que amaba como á un hijo, pero no se atrevió á hacer pregunta alguna, limitándose á cumplir el mandato de su señora.

IV.

Aquella tarde abandonó el sacerdote su modesto hogar, y se dirigió en busca de Alfredo y Valentina.

Dos días después, llegaba á un lindo pueblo situado en las costas de Vizcaya, y se hacía conducir á una preciosa casa de campo en la cual habitaba Juana Duró.

Era una alquería que había pertenecido al Conde de Maravel, y que Elena había cedido á su hermana de leche, para que habitase con su madre.

Juana había sido la compañera de Elena durante los días de su infancia y después una confidenta fiel, un corazón leal que se había consagrado á ella, y

que hubiera dado su vida por ahorrarle un día de pesar.

La Condesa había depositado en el seno de aquella pobre aldeana todos los secretos de su corazón. Escudada con el amor que tenía á aquellos parajes, con la ternura que profesaba á Teodora su nodriza, madre de Juana, había ido á pasar todos los años una temporada á aquel lindo y pintoresco retiro, y allí en fin había creído que sus hijos se hallarían á cubierto de todo peligro, hasta el día en que hubiera podido escudarlos otra ternura, sino más grande, má poderosa al menos que la suya.

Nadie sabía la existencia de aquellos niños, pues se había rodeado hasta entónces del mayor misterio, y Elena estaba tranquila esperando el día de hallar la dicha junto á aquellas prendas de su alma.

El destino lo había dispuesto de otro modo, y el padre Carlos al llegar á la alquería de la Palma, venía sólo y era portador de tristes nuevas.

Al pisar los dinteles de aquella morada, el sacerdote se convenció de que su viaje había sido inútil. Efectivamente había llegado tarde!

Juana Duró, aquella mujer en quien Elena había depositado su confianza lloraba lentamente en el desierto hogar de aquella casa solitaria.

Su madre, la anciana Teodora, estaba á su lado prestándole algunos inútiles consuelos, que ella á su vez necesitaba también.

Un muchacho de diez á doce años se hallaba sentado junto á Juana, con el semblante enojado, y los puños apretados, sin proferir una palabra, pero tan sombrío que daba compasión el mirarlo

V.

Cuando el padre preguntó por las dos niñas, que eran el objeto de su visita, las lágrimas de Juana corrieron con más abundancia y el muchacho se mordió los labios con expresión desesperada; pero ninguno se atrevió á contestar.

Sin duda, en sus corazones abrigaban un sentimiento de desconfianza, y á pesar del estado de abatimiento en que se hallaban aun, querían guardar los secretos de su bienhechora.

Pero cuando el ministro de Dios, tan conmovido como ellas, sacó de su dedo la sortija de Elena, y se la mostró, diciendo,

—Soy un enviado de la Condesa de Maravel, soy su último amigo el depositario de su voluntad postrera.

La incertidumbre se trocó en espansion y corrieron á su lado, exclamando con dolor.

—Ay! señor, que desgracia!

El padre Carlos palideció: enjugó el frío sudor que empapaba sus cabellos, y murmuró con afán:

—Otro infortunio!

—Los niños..... mis hijos, Alfredo y Valentina...

—Qué! preguntó lleno de angustia el padre Carlos.

—Han desaparecido! nos han sido robados!

—Robados! Oh! su pobre madre tenía razón en temblar por ellos! dijo el sacerdote alzando las manos al cielo.

—Su madre! pues qué... sabe V....

—Todo! he sido el confidente de Elena en sus últimos instantes.

—¡En sus últimos instantes! exclamó Juana, levantándose con violencia, pues qué, la Condesa...?

—Ha muerto! murmuró el padre Carlos con lúgubre acento.

—Muerta! muerta ella! gritó la anciana con espanto, hija, hija mía! y no he podido volverla á ver!

Por un instante, todo fué lágrimas y confusión en aquella casa.

Todos amaban allí á la Condesa Elena, todas la profesaban más que cariño, un culto del alma.

La anciana Teodora había sido su nodriza, su madre casi, y la debía el bienestar de su vejez. Juana había pasado con ella los primeros años de su infancia, y la debía también el pan de su madre, de su hijo...hasta el pequeño Roman la debía algo y la amaba con toda la sinceridad de su virgen alma.

VI.

—Oh! dijo el padre Carlos, cuando pasada la primera explosión de dolor, pudieron escucuharle, pero esas niñas, esas niñas.....

—Esta mañana han desaparecido, respondió Juana, con voz ahogada.

—Mas no hay indicios, no hay sospechas de quien....

—Yo había salido, respondió la aldeana procurando hacerse entender, yo había salido temprano: mi madre también se había dirigido á la iglesia. Ramon y los niños habían quedado solos en la casa.

(CONTINUARÁ.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Variedades.

Los volcanes.

(CONCLUSION.)

Este volcan le vomitaba de tiempo en tiempo, por cuya razon, y noticiosos aquellos naturales de que varios españoles intentaban subir á observar de cerca su boca, protestaron que absolutamente no se podia llegar á la cumbre del monte. No obstante, y apesar de estar cubierto de nieve y cenizas, comenzaron á subirle; pero cuando llegaron á corta distancia de la cima, sintieron que se movia la tierra con violentos y repetidos vaivenes, y percibieron los horribles bramidos del volcan, que en corto rato arrojó con mayor estruendo gran cantidad de fuego envuelto en humo y ceniza, de tal manera que Diego de Ordaz y sus compañeros tuvieron que refugiarse en el hueco de una peña. Este suceso les sobrecogió, y determinaron volverse; pero Ordaz les animó, y continuaron hasta llegar á la boca que los mejicanos decian ser del infierno. Desde ella observó en el fondo del cráter una gran masa de fuego, que hervia como materia líquida y resplandeciente, y advirtió que la extension de la boca del cráter ocupaba casi toda la cumbre, y que tendria como un cuarto de legua de circunferencia; mas era tan grande el humo de azufre, y tan vehemente el calor que esperimentaban, que no pudiendo sufrirlo volvieron á bajar, aunque muy ufanos de haber sido los primeros que habian vencido semejantes dificultades.

Esta bazarria no pasó entónces de una curiosidad temeraria; pero después fué muy útil, pues hallándose el ejército falto de pólvora para la conquista de Méjico, y acordándose Cortés de la noticia que le dió Ordaz del volcan, determinaron entrar en él y sacaron doce arrobas de azufre muy fino para fabricar cuanta pólvora necesitaron, á cuya diligencia se debe tal vez la conquista de Méjico.

En memoria de esta accion dió Carlos V. á Diego de Ordaz por armas, un monte arrojando llamas.

Penetrado de espanto y de terror me pregunto á mí mismo: ¿para qué son estos volcanes que desolan la tierra, y sumergen sus habitantes en una especie de estupor? ¿A qué fin los ha criado el Señor? ¿Por qué en lugar de enfrenar su furor, les permite asolar así á sus criaturas? Pero ¿quién soy yo para atreverme á hacer semejantes preguntas? ¿Tengo por ventura derecho para pedir cuentas de sus disposiciones á la suprema sabiduría? Estos volcanes no pueden ser obra del acaso: y de aquí debo concluir, que el Criador ha tenido las más sábias razones para

querer que existiesen. ¡Ah! aun en medio de aquellas escenas de horror y de muerte encuentro esta mano benéfica que provee y cuida del bien del mundo; pues por más estragos que ocasionen las erupciones de estas montañas, son nada en comparacion de las utilidades que traen á nuestro globo, y de los males mayores y más terribles aun de que nos precaven. (1)

Estando lleno el interior de la tierra de materias propias para fermentar é inflamarse por el contacto del agua, era indispensable que hubiese volcanes. Ellos son los respiraderos por cuyo medio se debilita y quiebra la accion de tan temible elemento; y aunque los países en donde se reune mayor cantidad de estas materias están sujetos á padecer pasmosos trastornos, los experimentarían aun más violentos, si no existieran estas aberturas. La Italia no seria la region más fértil, si de cuando en cuando el fuego que encierra en sus entrañas no tuviese salida por los volcanes. Expuestas estas deliciosas regiones á conmociones continuas y espantosas agitaciones, en lugar del espectáculo encantador de las bellezas del arte reunidas á las de la naturaleza, no presentarían mucho tiempo sino un triste monton de escombros y de ruinas.

Y además, ¿quien sabe si de estos horrendos fenómenos no resultan una infinidad de otras utilidades ocultas á la penetracion más profunda, y cuya influencia se extiende por todo el globo?

A lo menos basta lo que se sabe en este punto para convencerme de que tambien concurren los volcanes á cumplir los fines llenos de sabiduría y de bondad del Criador del Universo.

S.

(1) No es, pues, una paradoja el asegurar con algunos naturalistas, que las desgracias ocasionadas en los terremotos, desaparecen ó se aminoran con la aparicion de un volcan en algunos sitios, y que debe desearse se formen en ciertas partes de nuestro globo. En efecto, si entre Lisboa y Oporto se hubiese abierto un volcan, no hubiera quedado destruida aquella ciudad por el terremoto de 1755, ni incendiadas sus tristes ruinas por las llamas que salieron de la tierra por mil partes diferentes. La Natolia, la Siria y la Calabria deben estar en un sobresalto continuo; y un volcan en cada uno de estos parajes les proporcionaria mas seguridad. En 1537, desde el primero hasta el doce de mayo, el incendio fué tal en las cavernas del Etna, segun Facello, el ruido de los truenos concentrados era tan horroroso y seguido, las conmociones de la tierra tan fuertes y generales, que se temió ver volar ó hundirse toda la Sicilia. Seguramente esta hubiera sido la suerte infeliz de la isla, si los anchurosos cráteres ó bocas del volcan, que no cesaron de arrojar fuego, no la hubieran librado.

Seccion Doctrinal.

Explicacion de los mandamientos

(CONTINUACION.)

Acaso con la curiosidad natural de los pocos años se hubiera decidido á averiguarlo, si la voz de Miss Sara no hubiera llegado á sus oidos preguntándole, por qué se detenía.

La niña subió la escalera murmurando con mal humor.

—Esta señora aya no me deja hacer en nada mi voluntad. Pues yo le aseguro que á su pesar he de saber quién es María.

Cuando se hallaba en su cuarto con su doncella, á quien habia llamado para que le quitase el traje de paseo,

—Rosa, ¡a dijo, ¿sabes tú quién es una viejecita que hemos hallado al entrar, muy baja, muy encorvada y con los cabellos blancos?

—¡Oh, señorita! esa será quizá una pobre mujer que vive en uno de los cuartos del patio interior, á quien alguna vez he dado las sobras de la comida.

—¿Y tiene familia?

—Sí, una nietecita enferma.

—¿Se llama María?

—Sí, señorita; y si viera V. que linda es y qué malita está! parece un ángel de esos que tristes y llorosos ponen al pié de la Virgen de los Dolores.

—¿Y dices que vive en esta casa? preguntó Clara, vivamente interesada por lo que le decía Rosa.

—En un cuarto húmedo y feo.

—Yo quisiera verla: eso tú me puedes acompañar.

—¡Ay, señorita! ¡si Miss Sara lo sabe!

—¿Qué me importa?

—Para ella no hay una cosa más mala que los pobres, y cree una falta de educacion y dignidad hablar siquiera con ellos ¡Si le dijese á su padre de V. que yo..!

—¡Bah! mi padre es muy bueno y estoy segura que no me reñiría por eso.

Rosa, que queria muy poco á la inglesa, celebró en su interior la resolucion de su señorita, aunque no fueramás que por hacer rabiar á la circunspecta aya.

Media hora despues, y cuando esta dormia su acostumbrada siesta y Flavia estudiaba su leccion de piano, Clara y Rosa bajaban las escaleras y se dirigieron al cuarto que ocupaba María.

Al llegar á él no tuvieron que llamar, pues la puerta estaba abierta para dejar paso á una escasa luz.

Clara, no pudo menos de hacer un gesto de asombro y repugnancia al poner el pié en la pobre habitacion.

En efecto, aquella niña acostumbrada al lujo y la comodidad, no habia visto nunca nada tan miserable, nada tan triste como aquella estancia.

Quizá no se hubiera decidido á entrar si una voz dulce y suave no hubiera llegado á su oido, diciendo desde un rincon del cuarto:

—Pase V., Rosa, mi abuelita acaba de salir.

—¿Y estás sola, hija mia?

—Sí, señora.

—Pues yo te traigo compañía, mi señorita viene conmigo, porque al saber que te hallas enferma ha querido verte hoy.

—¡Oh! qué buena es su señorita de V.! venir á verme á mí!

Clara, se adelantó atraída por aquel acento, y al fijar la vista en María quedó admirada de hallar un rostro tan angelical y tan perfecto, pero al mismo tiempo sintió algo que oprimia su corazon al verla sentada en una camita tan pobre y tan desabrigada.

—¿Qué es lo que tienes? la dijo, ¿hace mucho tiempo que estás enferma?

—Seis meses, contestó María con dulzura.

—¿Y no te puedes levantar?

—No, señorita.

—¡Seis meses en esa cama! repitió maquinalmente Clara con acento lleno de asombro.

—¿Le parece á V. mucho?

—Ya lo creo: ¡tanto tiempo aquí, en este cuarto, y muchas veces sola! ¿por que quizás no tendrás amigas?

—Señorita, desde que somos tan pobres no nos ha quedado amigo alguno. Luego como nuestra casa es húmeda y fria, pocas personas vienen á vernos, y si alguno llega á socorrernos, se vá bien pronto de aquí!

—¡Pobre niña! murmuró Rosa á media voz, admirada de la sonrisa con que la pobre enfermita acompañaba sus palabras.

—No me compadezca V. Rosa, respondió María, fijando en ella sus grandes y bellisimos ojos; yo estoy contenta, pues así cumplo la voluntad de Dios.

—¡La voluntad de Dios! murmuró Clara, que empezaba á sentirse dominada por el santo influjo de María.

—¡Oh! sí: El me ama mucho, pues murió por mi amor: así me lo ha enseñado mi abuelita, y yo le amo sobre todas las cosas tambien; recibir con alegría cuanto él me envia.

—¿Quién te ha enseñado á pensar así? preguntó Rosa, sin poderse contener, é interviniendo en la conversacion de las dos niñas.

—Primero, mi buena madre, contestó María; despues, mi anciana abuela y un venerable sacerdote muy viejecito que viene á verme todos los domingos y que pasa una parte de la tarde conmigo.

Clara se habia sentado en una silla junto á la cama de María, y la mirada con un cariño indecible. Era la niña tan hermosa, tan buena, tan simpática; habia en sus ojos y en su voz una dulzura y una atraccion tan irresistible, que la hija del rico señor de Montalvan no habia podido resistir á ella, y ya la amaba como si toda la vida la hubiese pasado á su lado.

Rosa, tambien habia ocupado un lugar á los piés del pequeño lecho, y sentia que una lágrima pugnaba por asomar á su pupila, viendo aquella miseria y aquella resignacion.

—¿Con que te hallas contenta con tu suerte? preguntó Clara despues de un momento de pausa.

—Sí, respondió la enferma sin vacilar.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Imp. de La Madre de Familia, Darro 15.